

sus derechos legítimos las concesiones que el honor lo mandara.

Después de esto, y aproximándose la hora de la cita misteriosa, así como la en que se acostumbraba ver al cardenal, entró en su casa para arreglarse un poco sus vestidos, no obstante que aquel billete misterioso no le parecía del mejor agüero.

Por vida! pensaba á su pesar, tal vez sea éste un nuevo lazo de ese diablo de hombre....

Y permaneció indeciso algunos minutos; pero el buen humor de Chmpagne, que ya se había levantado y que quería peinarlo á todo trance, le devolvió su seguridad ordinaria.

—Vamos, Artagnan, se decía bajando la escalera y haciendo resonar sus espuelas en los escalones de piedra, ¿de dónde nacen estas reflexiones?... ¡en pleno sol!... y con una espada al lado!... ¡qualquiera las tomaría por cobardía, caramba!... ¿Descenderás hasta ese grado, caballero?... ¡Ya veremos por Dios!...

## XVIII

Mientras estos sucesos ocurrían en la calle de Arce, el cardenal estaba en su gran gabinete del Louvre ocupado en arreglar con sus arquitectos las reformas de su palacio de la calle de Petits-Champs que se le hacia tarde habitar, y en cuya obra había comenzado á colocar algunos ingenieros con cuyos trabajos se han enriquecido después nuestros museos, siendo la admiración del mundo por la multiplicidad de las riquezas que encierran.

Cuando todos hubieron salido y no quedaba otro que su capitán de guardias, le hizo señas para que se aproximara.

—Señor de Champfienry, le dijo, no habéis estado hoy todavía en la habitación de Su Majestad?

—No, monseñor.

—Tanto mejor. Pues bien desearía que fuérais y que viérais el modo de apersonaros con M. de Beumont.

—El preceptor del rey?

—Precisamente, lo cual será bien fácil. Le diréis que venga á verme, pero lo más discretamente que os sea posible, y de modo que nadie os oiga.

—Está bien monseñor. Descuidad, que M. de Beumont entiende siempre á medias palabras.

El capitán iba á salir, cuando al abrir la puerta se encontró con la señorita de Martinozzi.

La Maravilla de los cabellos blondos estaba resplandeciente de hermosura aquella mañana, y su tío no pudo menos que dar un grito ahogado de satisfacción al mirarla adelantarse graciosa y sonriente como una de las diosas mitológicas que con tanta frecuencia acariciaba su mirada en sus galerías de pinturas.

Le presentó su frente para recibir el beso paternal de costumbre, tomó un taburete y se sentó á los pies del cardenal, el cual tenía un codo apoyado sobre una gran mesa llena de papeles.

—¡Ah me ocupaba de ti, chiquilla, dijo el cardenal.

—¿De mí monseñor? ¡ved qué feliz casualidad!

—Sí, señorita, pero esto no es una casualidad.

—¿Con M. Champfleury, tío mío?

—Precisamente.

—¿Entonces me diréis de que se trataba?

—No; será más tarde.

—¿No teméis que Champfleury os haga traición?

—Es incapaz, lo conozco bien.

—¡Oh! si yo lo quiero.....

—¿Os preciais de astuta, eh?... Pero te lo prohibo,

y para ello tengo una razón excelente. Ese pobre Champfleury no sabe nada.

—Esto es malo para vos, tío, y permitidme os diga de paso que no deberíais servirlos así de la gente. Consideráis á los hombres como máquinas. Jugáis con ellos como si fueran muñecos y no les dejáis trabajo alguno de inteligencia.

—¡Ah! conque has advertido eso! exclamó el cardenal sonriendo aunque algo ofendido en su interior por haber sido ofendido tan bien. Si tú hubieras envejecido en la política, niña, harías lo mismo que yo. Ignoras lo que es la vanidad de los hombres, y con qué complacencia extralimitan las instrucciones que se les dan, no por manifestar su celo, sino por hacerse importantes. Me preció de conocerlos; ese aprendizaje me ha costado bien caro!

—Y reduciendo vuestros instrumentos, valor de simples correos, siquiera deberíais remunerarlos suficientemente.

El cardenal soltó una carcajada.

—¡Os reís, tío, eso es mal hecho, muy mal hecho! Andáis poco cuerdo al creer como lo decís que con el dinero se puede conseguir todo. Hay afectos que no podían pagarse con todo el oro del Perú, y sé de algunos gentiles hombres á quienes no contentaréis jamás de esa manera.

—¿Tu les conoces, hija mía? ¡Entonces eres muy feliz, más feliz que yo!

—No tenéis para elló más que mirar á vuestro alrededor.

—Esto lo hago frecuentemente, muy frecuente y . . .

—Pues bien, si no veís, es porque no queréis ver, y sin pretender citar á nadie estoy cierta de que comprendéis de quién quiero hablaros.

—No es de M. Beaumaux? Precisamente le he propuesto al rey para Gobernador de la Bastilla.

—Hermosa recompensa.

—Peste! pues qué más quieros? Es cargo de como cuarenta mil libras de renta cuando menos!

—De veras, tío? Yo no creía tan interesado á M. de Beaumaux.

—Todos son lo mismo. La adhesión es una esperanza que se alimenta, mi pobre niña!

El nombre de Artagnan estaba en los labios de Ana María; pero no se atrevió á pronunciarlo. Ella dió un sesgo á la conversacion.

—Me decís esto por el duque de San Simón, no es así?

—Buena! tú también vas á hablarme de eso?

—Diabolo! es que se le tiene por un hombre intachable.

—Y sin embargo, desea el bastón de mariscal: ese es tu protegido?

—Es que, añadió ella, quiero creer que hay gentiles—hombres verdaderamente desinteresados.

—Es s son todavía más caros.

—El difunto rey hizo mariscales de Francia á hombres cuyos títulos eran casi problemáticos.

—Dices eso por M. de Vitry; pero estoy curioso de saber á quien quisieras elevar á tan alta dignidad.

—¿Se necesita mucho dinero para comprar un duca-do, tío?

—Antes es preciso bastante favor ó contar muchos servicios distinguidos.

Eso no quita que el rey haya hecho duque á M. de Luynes que no era más que un paje de muy poca nobleza.

—Grandes y buenos servicios en la guerra, delicada

misiones diplomáticas, la estimación de todas las personas honradas; y una decidida adhesión á vuestra persona, tío, me parecen buenos títulos.

—¿Vamos, tú quieres hacer á alguno duque ó mariscal de Francia . . . . . será tal vez Candale?

—M. de Candale es ya duque, y por cierto que para mí no ha merecido el bastón, aunque sitie rudamente á Burdeos.

—¡Ah! ese es para él un negocio de familia. Su padre, el duque de Epernon, ha sufrido mucho de los bordeleses para que el hijo tenga á un gran honor el reducirlos. Pero estás hablando con mucha serenidad de M. de Candale, hija mía, y es un gentil—hombre muy valiente y muy rico. No ignoras que me agradaría hacerlo mi sobrino.

—Aun es tiempo.

—¿Consentirías?

—Tío, bien sabéis que no soy ambiciosa, y que antes bien me repugnaría ser duquesa. Aparte del carácter de M. de Candale, conocéis mi aversión al matrimonio y no soy la única de vuestras sobrinas en edad de casarse. De consiguiente no me habléis de esto, os lo suplico. Estábamos en el capítulo del dinero, y os juro que menos amo esto.

—¡Hablar de dinero con Ana María! dijo el cardenal; pero la cosa no es menos extraña porque yo te creía con igual aversión hacia ese metal que al matrimonio.

—Es verdad, tío, pero esto es según y conforme.

—¡Ah! haces distinciones. . . . . Eso es mejor.

No son distinciones las que quiero establecer hoy, os voy á presentar reclamaciones en forma, querido tío.

—¡Ah! una solicitud. . . . ¿tú también?

No, es una deuda.

—¿Te debo algún dinero? dijo Mazarino haciendo una mueca significativa, porque no le gustaba descorrer los cordones de su bolsa para su familia ni para los extraños.

—Tío, mis primas y yo nos encontramos en la mayor miseria.

—¡Oh! exclamó el ministro como dudando.

—He aquí una punta de encaje de trescientas libras que no se ha pagado, dijo la joven mostrando una parte de su vestido.

—¿De veras? preguntó Mazarino con indignación.

—Y mis primas se han propuesto peliros también, querido tío.

—Pero esto es un complot! . . . .

—No es eso sólo, tío, las tres hemos perdido ayer en el juego de Su Majestad.

—Con que habéis perdido, señorita, exclamó Mazarino colérico.

—Sobre nuestra palabra y una suma considerable. . . .

—Tanto peor para vosotras, porque no pagaré.

—Pagaréis, monseñor.

—Ni cuentas de comerciante ni dendas de juego, estad seguras. Bien sabéis el orden que siempre ha reinado en mis gastos y Dios sabe si son crecidos. Me he arreglado á escalonar mis pagos de manera que nunca me embaracen, y apenas puedo cubrirlos con ansias. No quiero comenzar hoy á introducir el despilfarro en mis negocios, sabedlo de una voz, señorita, y dejadme trabajar, os lo suplico.

Ana María tomó un aire serio, se levantó, saludó gravemente al cardenal y se dirigió á la puerta.

—Ana. . . . dijo el ministro inquieto á su pesar por aquella seriedad que conocía tan bien,

Pero la joven fingió no haber oído.

—Ana María.... repitió el cardenal ¡oh!.... hija mía, espérame.....

—¿Qué deseáis, monseñor? preguntó la señorita Martinuzzi deteniéndose pero sin volverse.

—Eh, deseo saber al menos, porque es preciso instruirse, á cuánto asciende la suma de que acabas de hablarme hace poco.

—La queréis pagar, monseñor?

—Ya veremos..... dime el total.

—Pues bien se trata.... de mil pistolas.

Mazarino dió un grito bastante doloroso.

—¡Diez mil libras! dijo, ¡diez mil libras!

—Sí, tío, ni un escudo menos, y aun soy corta no hablándoos sino de lo muy preciso.

—¡Ah, si hubiera sabido, dijo Mazarino, si hubiera sabido!

—¿Si hubierais sabido qué, monseñor?

—Que la distracción de las jóvenes costaba tan cara, os habríais quedado en Italia con mis hermanas, vuestras madres, que os hubieran acostumbrado á vivir con economía.

—Por mi parte, yo no he podido venir á Paris, bien lo sabéis.

—No te vayas, exclamó el cardenal, al ver que Ana María daba otro paso hacia la puerta.

—Pues bien, sea, pagaré tus deudas pero con una condición, que no dirás nada á tus primas.

—No acostumbro ocultarles nada y no comenzaré á hacerlo hoy por cierto, señor.

—¡Oh!... la niña consentida, veamos cuánto necesitáis.

—Ya os lo he dicho, tío, diez mil....

—Sí, pero hay algunas deudas acerca de las cuales

no puedo tener arreglos ventajosos, te conviene mi firma, la de M. Servient, ó la de M. Fouquet?

—Monseñor, quiero hacer mis pagos por mi misma y prefiero el dinero contante; no ignoro que las deudas de juego se pagan dentro de las veinticuatro horas siguientes.

—¿Pero no atiendes á mis negocios, chiquita?

—¿Lo creéis así? Sé muy bien, os lo juro, y podia probarlo, que hace tres dias recibisteis una talega.

—¡Ah, la traidora!... pero quieres asesinarme?

—Esperad, señor, en aquel armario hay lo menos diez ó veinte mil pistolas, os las voy á enseñar.

—Eres verdaderamente una víbora, ¡vete, vete!

Aquí la señorita Martinuzzi no pudo contenerse y soltó una carcajada dirigiéndose al cardenal acariaciándole como una gata mancha.

—Querido tío, le dijo, por qué ser injusto conmigo? eso no es bien hecho. Ayer disteis quinientas pistolas á María y otras tantas á Olimpia.

—Es que aquéllas son unos verdugos del dinero.

—Pero á mí no me corresponde, esa satisfacción.

—Y sin embargo quieres el doble.

—Hoy sí, pero mañana ya no os pediré, ya lo sabéis.

—Quiero saber qué destino vais á dar á esas mil pistolas.

—Tío, yo no me mezclo en vuestros negocios no es esto?... y esperad, voy á probaroslo no diciendos á qué uso destináis el licor contenido en aquel frasco.

Y la Maravilla de los cabellos rubios designó una botellita que, colocada encima de un cofre, enseñaba su cuello, oculta entre los papeles desechados del cardenal.

—Has adivinado?... exclamó el cardenal y co-

riéndolo hacia un grande armario situado en el fondo de la cámara sacó de él una bolsa muy pesada.

—No he adivinado nada, tío mio, he oído, eso es todo, y es confieso que me dió mucha risa la fisonomía de M. de Beaumont cuando le hicisteis vuestra extraña proposición.

Durante este tiempo Mazarino contó precipitadamente los louis de oro sacados con discreción y sin ruido de su gran talego, y señalando dos ó tres columnas alineadas, dijo:

—Tómalo y vete, que no te vea más.

—Gracias; tío, respondió la joven echando el dinero en su pañuelo.

—Pero si dices una palabra, una sola palabra! . . . .

—De la redoma?

—Te meto al convento para toda tu vida, lo juro á fé de cardenal.

—Vamos, mi buen tío, no gruñáis, bien sabéis que soy vuestra amiga y vuestra aliada fiel, dijo la joven rodeando el cuello del cardenal con sus brazos encantadores y depositando un beso sobre aquellas mejillas todavía iluminadas por la emoción.

—Vete, pequeña serpiente! dijo Mazarino con una naturalidad admirable, siempre haces de mí lo que quieres!

Y Ana María, lijera como un pájaro, desapareció por la ancha puerta del departamento.

—Señor abate, dijo Mazarino al ver á M. de Beaumont, llegad pronto, que aun es tiempo.

—Pues qué ocurre, monseñor?

—La división reina ya en el campo de Agramante, lo cual nó podía faltar. Los príncipes están en disidencias, y M. de Conti debe estar furioso en Burdeos.

M. de Beaumont abría los ojos enormemente grandes de admiración.

—Para todo eso hay una razón, señor abate, añadió Mazarino, que como se verá estaba de vena para hacer conferencias y expandirse; han corrido algunos rumores acerca del matrimonio de Ana María con M. de Candale: ese matrimonio no ha tenido lugar, de manera que anunciándolo con otra persona parecerá probable. Mientras de que tratándose de una de las Mancini, nada se tendrá por cierto, puesto que se ha adivinado mi deseo de casar primero á la Martinozzi, lo cual tengo pensado seriamente ¿Comprendéis ahora? . . .

—Perfectamente, monseñor.

—Si os comprometéis á hacer por vos mismo este negocio con M. de Conti, iréis á hablarle como si se tratara de Olimpia Mancini, seguro de que en el momento dado será bien fácil darle una por otra y el príncipe no se quejará jamás de un cambio que le procurará una mujer que según toda la corte es una verdadera maravilla.

—¿No teme Vuestra Eminencia que todas esas mujeres le susciten algunas dificultades? preguntó el abate arrugando la frente.

—Las pequeñas causas producen grandes efectos, abate, no debemos olvidarlo. Recordad vuestra historia de Francia de cien años acá unicamente. En este momento hay al rededor del príncipe Conti una complicación de intrigas femeninas, en la cual veo mi camino.

—Pero, monseñor, no centais con la casualidad, y la señorita de Martinozzi . . . . .

—¡Chut! abate, ni una palabra sobre eso, guardadme el secreto por vida vuestra!

El abate se puso pálido. Cuando el terrible cardenal de Richelieu amenazaba á alguno, se creía sentir

el golpe helado de una hacha sobre la nuca; cuando dulce y condescendiente Mazarino amenazaba, se sentía estremecer de la cabeza á los pies como á la aproximación de un peligro desconocido pero evidente.

—Así, pues, abate, ya veis que es urgente que partáis para Blaye.

—Vuestra Eminencia sabe que estoy á sus órdenes.

—Sí, pero bien sabéis que vuestra marcha no es un negocio insignificante.

—Su magestad no podrá menos de asombrarse. Es sabiendo que mi latín lo enoja algún tanto.

—¿Cómo os encontráis hoy?

—He estado en las habitaciones reales al levantar al rey y la reina, pero siento dolores horribles en la cabeza y en las entrañas.

—¿Os ha pulsado M. Vallot?

—No he querido consentirlo, llamándole verdugo.

—Bien hecho. Aquí tenéis el licor en cuestión, dice Mazarino indicando la redoma oculta que se encontraba en la mesa.

—¡Vaya! Vuestra Eminencia quiere siempre llevar las cosas tan lejos.

—Perfectamente. Quiero que vayáis á encerraros en vuestro castillo para restablecer allí vuestra preciosa salud.

—Pero os, monseñor, que ha todos he dicho mis pensamientos, verdaderos ó supuestos, y todos les he dado crédito.

—¡Ah! sí... excepto Champfleury, excepto Mavalles, quienes me han dicho siempre que tenéis buen semblante, y que si os hacéis el enfermo es por ir á hacer los siervos á Villiers-Cotterets.

—Y bien, ¿cuándo será esto?

—Vuestro cargo exige que no dejéis á Su Magestad

Por lo que toca á mi deber de tutor exige probar que el motivo de vuestra ausencia de la corte es plausible y sobre todo necesario.

—Habláis bien á ese respecto, monseñor, pero no consideráis el sacrificio de tomarse ese desabrido brevaje.

—Porque tiene la mejor apariencia que pudiera desearse, dijo Mazarino jugando con la botella, en la cual se agitaba un licor de un tinte amarillento bastante espeso.

—Será posible, monseñor, pero el hombre que es ha vendido eso es un charlatán que no merece ni confianza.

—Ha hecho sin embargo curaciones maravillosas. Bien sé que M. Vallot y Guénaud lo llaman empírico; pero hay hechos que se sobreponen á las palabras. Este licor es, según me ha informado, del todo inocente y no puede haceros ningún mal; por el contrario, os dará todas apariencias de una enfermedad que todo el mundo conoce y que no es, en último resultado bien peligrosa.

—¿Y será preciso beber todo eso monseñor? preguntó M. de Beaumont haciendo una mueca de disgusto.

—Con la mitad será suficiente.

—¡No me será posible nunca, monseñor, nunca!...

—¡Qué timorato os hacéis, abate!...

—¡Eh, yo soy un hombre de Iglesia, y no tengo por costumbre desafiar á la muerte como un soldado!...

¡Ah! pero me ocurre otra idea.

—¿Cuál?

—Los sabios han recurrido muchas veces á experimentos muy ingeniosos «in anima vili». ¡Pues bien! monseñor, os confieso que no sentiré que se haga en otro una prueba del efecto de esa droga infame.

—¡Ah! abate, sois muy exigente.

—Decid más bien prudente, monseñor.

—Pero es que no puedo hacer partícipe á otro de ese secreto.

—Y si Vuestra Eminencia lo ensaya por sí mismo? . . . . . dijo M. de Beaumont con una sonrisa que trató de hacer extremadamente agraciada.

Aquí los dos preládos soltaron la risa, y estuvieron algún tiempo sin poder continuar su conversación.

—A fe mía, abate, comprendo vuestra repugnancia . . . pero el diablo sabe si encuentro cómo salir de esto.

—¡Eh! monseñor, no faltan en las prisiones algunos pobres diablos á los cuales se podría ofrecer la libertad en cambio de esta complacencia científica.

—Es que necesito veros partir para la Guienne . . . Veamos, sin embargo. . . . .

Y dejando un sillón Mazarino, se dirigió hacia la puerta de entrada que daba un vasto salón donde se encontraba cierto número de gentiles hombres y de soldados de sus guardias. Hizo seña á uno de estos últimos para que se acercara; pero casi inmediatamente percibió á un gentil hombre quien le dirigió de lejos el más profundo saludo.

El cardenal volvió sobre su primer movimiento y ordenó con el gesto al soldado que no se moviera, mientras que con la mirada suplicó al gentil hombre que entrara.

Era Artagnan, que fiel á su designio, y siguiendo su objeto, venía todos los días á saludar á Su Eminencia y se había esperado en el Louvre á que sonara la hora de su cita en la puerta de San Antonio.

Artagnan entró en el gabinete del primer ministro, encantado de que se le llamara; pero su alegría conclu-

yó al ver á M. Beaumont. Conoció desde luego que necesitaba de sus servicios.

—Señor Artagnan, dijo el cardenal, tomando un acento dulce, ¿no tenéis miedo?

—¿Miedo, monseñor? ¿y de qué?

—De la muerte.

—Creo que no.

—Sí, lo habéis probado más de una vez.

—Me considero feliz al ver que Vuestra Eminencia lo asegura.

—Es que vamos á proceder de distinta manera. Si no teméis la muerte, mi querido señor Artagnan, os acobarda alguna enfermedad?

—Distingamos, monseñor; eso es otra cosa.

—¿Cómo?

—Monseñor, prefiero recibir una buena estocada en el pecho, la cabeza abierta por un fusil vizcaíno ó el cuerpo dividido en dos por una bomba, que estar durante algunos días, semanas ó meses postrado en el lecho víctima de una dolencia.

—Seguramente que eso es glorioso, pero puesto que también una de esas cosas que habéis dicho os hace guardar cama, el resultado es el mismo.

—Sí, monseñor, pero al terminar la curación hay una esperanza, y esto adelanta la recompensa.

—Es decir, señor Artagnan, que os acobarda la enfermedad?

—Con toda humildad confieso que sí, monseñor.

—¡Ah! dijo Mazarino con desaliento.

—Acaso Vuestra Eminencia es mi enemigo para desearme una fiebre maligna?

—Esperad, Artagnan, y mirad de lo que se trata . . . y cuidado que lo que os digo es contando con vuestra discreción . . . ¿Veis este frasco?

—Mal color, monseñor, dijo el caballero.

—Se trata de beber la mitad solamente.

—Y después que la haya bebido, monseñor . . .

—¿Será preciso decirlo señor abate? preguntó Mazarino á M. de Beaumont, quien sonreía en un sitio apartado.

—Creo que sí, el señor Artagnan es enteramente adicto.

—Pues bien, querido caballero, este licor tiene una propiedad muy particular. Se toma puro ó mezclado con agua y circula inmediatamente en la sangre; pocas horas después toda la piel reviste la superficie de un color amarillento.

Artagnan hizo un gesto de horror y retrocedió algunos pasos.

—Oh, monseñor, dijo, vaya una propiedad horripilante, y en vano me pregunto qué interés puede tener Vuestra Eminencia en que mi rostro tome un color tan desagradable.

—No importa, Artagnan, os pido que toméis esta droga únicamente para agradarme, asegurándoos que ningún peligro correrá vuestra salud.

—¡Un peligro! no es eso lo que me horripila ciertamente, pero es, monseñor, que tengo la debilidad de cuidarme el color, y muchas veces considerándolo en el espejo, no ocultará á Vuestra Eminencia que me he complacido muchísimo, añadiendo á esto que algunas personas han tenido la extremada indulgencia de elogiarlo.

—¡Bah! sólo será negocio de algunos días y durante ese tiempo podéis permanecer oculto: esto es todo.

—Gracias, monseñor, pero aborrezco la soledad.

—Vamos, Artagnan, dijo Mazarino, presentándole la redoma, decidios y me dejaréis satisfecho, amigo mío.

—Estoy muy deseoso de ello; pero . . . escuchadme . . . esto es muy grave! . . .

—Os juro, caballero, que no puede causaros ningún mal. replicó el cardenal destapando el frasco y tendiéndolo de nuevo . . . vamos . . . una vez . . . dos veces . . .

—Ni en ciento, monseñor, respondió Artagnan todo espeluznado.

El cardenal y el abate soltaron la risa por segunda vez, hilaridad de que bien pronto participó Artagnan. Cuando recobraron su sangre fría, éste tomó la palabra.

—Monseñor, dijo, me ocurre una idea que puede conciliarlo todo.

—Veamos, Artagnan, decidla, que algunas veces las tenéis buenas.

—Monseñor, conozco un viejo sabio muy hábil y que tiene conocimientos extraordinarios para analizar las substancias y las drogas. Voy á hacerle experimentar ésta y si me afirma que no presenta ningún peligro os juro que la tomaré inmediatamente.

—¿Podéis hacerlo desde luego? preguntó el ministro aviniéndose con aquel pensamiento no sin dirigir antes una mirada elocuente al obispo de Rodez.

—He aquí mi plan, monseñor. Son las dos y corro sin tardanza á la casa de mi sabio . . . . .

—¿Dónde vive?

—Calle de Arcis, frente de mi casa. Hace la experiencia y á las seis me habré tomado la droga.

—¿Y por qué no la beberéis antes?

—Parque . . . monseñor . . . porque . . . . .

—¿Por qué? veamos, hablad, estamos violentos.

—Porque á la cuatro tengo una necesidad extrema de conservar mi color natural.

—Artagnan, sois un mal súbdito.



—Rico de voluntad, señor, si no rico de dinero.

—Pues bien, llevad la redoma, partid pronto y á las seis estad de vuelta.

El caballero habia guardado en su bolsa la botella y salia acompañado de las bendiciones mentales de M. Beaumont, pero el cardenal mudó de opinión y le hizo pasar por una puertecita oculta en la tapicería.

Del Louvre á la calle de Arcis no habia mucha distancia: Artagnan cayó, pues, como una piedra en la tienda del boticario.

—Señor Fleuron, le dijo, queréis ser el proveedor de Su Eminencia?

—Ya lo soy, caballero, y de ello me envanezco.

—¡Eh! pues si os creia frondista!

—Soy el boticario de M. de Gondi.

—¡Bah! el coadjutor está en Vincennes, mientras que Mazarino se encuentra en el Louvre más poderoso que nunca.....

—¡Señor!.....

—Y puede suprimiros del mundo lo mismo que vuestra botica, sin que nadie se atreva á pronunciar una palabra en vuestra defensa.

—Señor, nunca me ha guiado el interés, y á menos que no se me obligue, nunca haré nada para obtener la protección de M. Mazarino.

—Entonces, dijo Artagnan sacando la redoma de su bolsa y colocándola á poca distancia de M. Fleuron, ¿conocéis esto?

—¿Qué substancia es esa?

—Miradla, «homo sapientiæ.»

El viejo destapó precavidamente la botella y la llevó á sus narices.

—¿Acaso dijo, será el veneno que iba á matar á vuestro criado?

—No, es una droga que os encargo me analicéis, y que, según afirman, tiene la propiedad de dar un color amarillento á la piel.

—Propiedad singular por cierto, exclamó el viejo mojando ligeramente el dedo volviendo el frasco, y llevándose el á la lengua.

—Es decir, que da la apariencia de la tiricia, pero sin ejercer ninguna acción perjudicial en la salud, añadió el bearnés.

—Ya se lo que es, dijo maese Fleuron; este invento es de un charlatán á quien conozco, afectivamente, no es nocivo para la salud, pero tengo cosa mejor, añadió el sabio con orgullo.

—¿De veras? Sois un hombre precioso.

—Una mistura que pasa en la sangre como esta, pero que la procura una nueva existencia y acaso en rigor es una excelente medicina.

—Tanto mejor. Pues bien, querido señor Fleuron, váis á darme vuestra mistura, la cual compro en mejor precio concediéndole más confianza que á ésta.

—¡Ah! es que tengo que componerla.

—¿Y será operación dilatada?

—Es preciso triturar..... cosa de una hora.

—Pues bien, componedla, despachad, y esta tarde un poco antes de la seis vendré en su busca, y si por casualidad—es preciso preverlo todo—me lo impidiere alguna ocupación, la entregaréis á quien los la pida en mi nombre. ¿Queda convenido, no es así?

—Perfectamente, dijo el viejo frotándose las manos.

—¡Ah! siempre analizad ese licor amarillo, lo cual no puede ser inútil.

—Pero supuesto que os lo reemplazo.....

—Hacedlo, maese Fleuron y os lo agradeceré mucho. Es preciso que os diga que si bien quiero aparentar la

tiricia, no por eso debo ignorar si el que me vendió ese licor no estará en inteligencia con el miserable que ha envenenado mi vino de Roussillon.

—Tenéis razón, señor, y lo haré.

—Os dejo. . . . ¡Ah! ¿á propósito, habéis visto á Champagne? ¿sigue bien?

—Ha traído esto de vuestra parte

Y el viejo designó siete botellas bien conocidas de Artagnan, y no pudo menos de sonreír.

—¡No bebáis ni una gota antes de someterlas al análisis más escrupuloso! exclamó.

—Si todas esas botellas estuvieran envenenadas, respondió Fleuron, mi fortuna estaría hecha. Tendría lo menos cien mil escudos.

—¡Oh, querido señor, vaya un pensamiento atrevido! ¿Y todavía así rehusaríais ser el boticario de M. Mazalrino?

El viejo cambió de color y miró al caballero con espanto.

—Señor, dijo acercándose, soy frondista por amor á la ciencia, porque si mis clientes me abandonaran quedaría reducido á la última miseria.

—Maese Fleuron, me encargo de ponerlos bajo la protección de MM. Vallot y Guénand, y esos ilustres médicos harán vuestra suerte.

—Si hacéis eso, señor, os cuidaré cuando estéis enfermo sin que me paguéis nada.

—Gracias, no abusaré de vuestro ofrecimiento.

Artagnan se dirigió hacia el Marais para encaminarse á la puerta de San Antonio.

El pobre caballero tenía faltar á la cita. Sonaban las tres en San Pablo, cuando llegó á la Bastilla.

## XX

Un mes después se habían operado bastantes cambios en las costumbres ó en la posición de algunos de los personajes de esta historia. En primer lugar, el cardenal gracias á la actividad prodigiosa que había sabido imprimir á los trabajos y á las reparaciones, pudo instalarse en el palacio que hizo construir en la calle de Pettis-Champs y que formaba esquina con la callecita Vivien, hoy Vivienne. Sus sobrinas naturalmente lo siguiéron á aquella suntuosa morada, bajo la sobrevigilancia de madama de Venelle quien la podía ejercer más fácilmente que en Louvre.

La señorita Marniozzi estaba sola en su estrado con M. Dufresnoy, cuando entraron las dos hermanas Mancini. Inmediatamente Ana María dejó su asiento y corrió á e contrarlas llevándolas á una de las ventanas de la galería, donde se encontraba una mesita, sin cuidarse para nada del pintor, el cual acostumbrado sin duda á aquellas alternativas de inmovilidad y de movimiento no se atrevía á quejarse, y sacó furtivamente de su bolsillo un pequeño Horacio que se puso á estudiar con atención.

—¿Y bien, dijo Ana María, estáis ricas hoy?

—He aquí la cosecha, dijo Olimpia poniendo una bolsita de terciopelo sobre la mesa, pero creo que es tiempo ya de detenerse, porque el «signor Guilio» podrá muy bien descubrir el complot.

—¿Cómo quieres que sospeche nada? respondió Ana María: nos dá con gran trabajo algún dinero desde hace más de un mes, y nosotras cuidamos de guardar religiosamente la mitad, jugando el resto. Ve que perdo-